

Jehová entonces, *al hombre*, en su hondo seno,
A imagen nuestra hagamos, se decía,
 Y el barro el hombre fue de beldad lleno;
 Ardua labor, de perfeccion sublime,
 Con que infante su universo sella.
 En su saber profundo,
 Complaciéndose en ella,
 Su aliento celestial vida le imprime,
 Y aclámale señor del ancho mundo.
 Ya en él hay ¡oh portentoso!
 Quien del clavel los ámbares aspire,
 Oiga al ave su armónico concanto,
 Y la hoguera del sol absorto admire.
 Hay quien feliz del acabado enlace
 De la divina creación anhele
 Sondar las perfecciones;
 Quien los ciclos nivele;
 Quien, aunque inmenso, al universo abrace,
 Y en prez alcance de tan altos dones.
 Que hasta allí todo mudo,
 Ciego, insensible á maravilla tanta,
 Giró en las sombras de un instinto rudo:
 El solo á lo infinito se levanta.
 ¡Qué augusta majestad! ¡Qué gentileza!
 ¡Qué acuerdo en movimientos y figura!
 ¡Qué gracia encantadora!
 Si: todo le asegura
 Que es para el infinito. Su belleza
 Cuanto doquier hay bello, en sí atesora.
 Albo trono la frente
 De inocente candor, excelso mira
 Con faz al cielo placida, riante,
 Y del vago horizonte en torno gira.
 Desplégase la rosa delicada
 En su risueña boca, que sentido
 Dar sabe al aura leve,
 El material sonido
 Fácil tornando en plástica ordenada,
 Que útil enseña, apasionada mueve;
 Los ojos retratando
 Fiel, vivo espejo, do se pinta el alma,
 Ya su ternura ó su dolor llorando,
 Ya en más benigna luz su alegre calma;
 Mientras la mente con el ángel vuela,
 Y á su inmenso Hacedor alzarse osa,
 Y del brillo encantado
 De la virtud gloriosa,
 Otra patria mejor gozoso anhela.
 A su infante posesion llamado,
 Allí en dulce fatiga
 Lánzase en alas de oro la esperanza;
 Nada su sér y noble ansiar mitiga;
 Ni el mismo Eden á que la olvide alcanza.
 Eden feliz, que la atención divina
 Le plantó liberal, de almo reposo
 Fausta mansion, que encierra
 Cuanto más deleitoso
 Hubo, y de encanto y pompa peregrina,
 Rico vergel del Dueño de la tierra,
 ¡Qué de fuentes y flores,
 Qué de frutas suavisimas guardabas!
 En tus vitales céfiros ¡qué olores,
 Qué amable sombra á la inocencia dabas!
 Allí floridas las alegres sienes
 De eterna juventud, gozar debía,
 Sin penas ni desvelo,
 Santísima alegría;
 Bosquejo fiel de los inmensos bienes
 Que en perenne raudal te guarda el cielo,
 Cuando en nueva dulzura
 Súbito se inundó, viendo á la amable
 Eva á su lado, que inocente y pura
 Formó de él en su ayuda el Inefable.
 Hermosísimo dón, milagro raro
 De gracia y perfeccion, do resplandece
 Muy más la excelsa idea:
 Mira tierna, y parece
 Que en sus ojos se anima un sol más claro,
 Su aliento, cual el céfiro, recrea:
 Si rie, la mañana
 Nace en su frente y sus mejillas dora;
 Marcha, y se inclina á su esbeltez lozana

La alta palma, del Libano señora.
 De los vivientes el inmenso bando
 Por reina la aclamó, mientras en la cumbre
 Del cielo respetuoso
 El sol de su aurea lumbre
 Sus miembros va castisimos bañando.
 Gratamente á su rayo delicioso
 Su cuerpo se estremece;
 La embriaga su nariz de ámbar suave;
 Ve absorta el cielo; el trino la embebece
 Del colorin, y dó atender no sabe.
 Que ya en su seno la celeste llama
 De afectos mil purísimos se enciende;
 Ya sensible palpita;
 Admira, y se sorprende;
 Vese tan bella, y cariñosa se ama,
 Y entre donosa timidez se agita.
 La mano á una flor llega,
 Y á cortarla, dudosa, aun no se atreve;
 La encanta el ave que volando juega,
 Y ansia seguirla por el aura leve.
 El comun padre extático la admira,
 Y Eva se inunda en virginal ternura.
 Desciende el amor santo
 De la estrellada altura,
 Y en mutuo amor su corazón suspira,
 Ya en lazo atados de divino encanto.
 «¡Sér de mí sér querido!
 Adán exclama: en tu inocencia hermosa
 Hallo el bien sumo al embeleso unido»;
 Y ella en su seno inclinase amorosa.
 ¡Oh sombra! ¡oh bien fugaz! ¡fatal deseo
 De vedado saber! La compañera
 De tan alto destino
 Cayó en el mal ligera,
 Sedujo al infeliz.... ¡Cielos! ¡qué veol
 En faz sañuda un querubín divino,
 Y espada centellante,
 Les cierra el santo Eden; la pena aguda
 De Adán nubla el varonil semblante,
 Y Eva á su lado va llorosa y muda.
 Huyen los brutos su dañazo imperio;
 Sorda la tierra su favor les niega;
 Y su frente culpable
 Hierre la muerte ciega....
 ¡Oh culpa felicísima! ¡oh misterio!
 ¡Víctima! ¡redención! ¡precio inefable!
 Ya es gloria la caída.
 Llover el claro empuje al Deseado
 Miro, á su mismo Autor mi carne unida,
 Y al polvo sobre el ángel sublimado.
 ¡Lenguas del universo, criaturas
 De Dios, almos espíritus! cantemos
 Bondad tan infinita;
 Y el loor que le demos,
 Suba cual grato incienso á las alturas,
 Do en pura luz inaccesible habita
 Su celestial grandeza.
 Ordenador de mundos soberano,
 En cuanto obró de tu saber la alteza,
 Brilla en gracias magnífica tu mano.
 Tus obras son, cual tuyas, acabadas,
 Buenas, pródidas, sábias, y te admiro
 Doquier omnipotente,
 Sobre los cielos giro,
 Cruzando del mar las bóvedas saladas,
 De las heladas zonas á la ardiente;
 Y todo es un portentoso.
 ¡Sublime creación! al bosquejarte,
 Falta al número atónito el aliento:
 Jamás la mente acaba de admirarte.

ODA (1).

Á DELIO (FRAY DIEGO GONZALEZ), POR SU EXCELEN-
 TE Y DEVOTISIMO SERMON DEL SACRAMENTO.

Tal, más rico que el oro,
 Del pecho de Crisóstomo salía

(1) Inédita. Se ha copiado del original de MELENDEZ, que paraba
 entre los papeles del padre fray Juan Fernandez de Rojas, agust-

El celestial tesoro
 De la sabiduría,
 Y de su dulce boca miel corria,
 Cuando á su grey dichosa
 El pan de la palabra esparramaba,
 Y de la peligrosa
 Hierba la separaba,
 Y á los pastos de gloria la guiaba;
 ¡Cuál tu hablar peregrino,
 Delio, con fervoroso y santo intento
 Nos llevó hasta el divino
 Amor, que el Sacramento
 Humilla á jamas visto abatimiento!
 El velo descorraste
 Que nuestra flaca vista detenía,
 Y al ojo nos pusiste
 Lo que la fe sentía,
 Mas que el dañado corazón no vía,
 Y ora tu fervorosa
 Voz nuestro tibio pecho lastimará;
 Ora, más amorosa,
 Su flaqueza alentará,
 Y en pos de sí á la gloria nos guiara;
 Siempre la atenta oveja
 Con el sabroso estilo suspendida,
 Ni al desden ni á la queja
 Dió lugar, embecida
 En tu alto razonar del Pan de vida,
 ¡Ay, si nos fuera dado
 Entónces ver tu corazón sensible,
 En su amor abrasado,
 Desdeñar lo visible,
 Volando hasta su trono inaccesible,
 Y, en el gemir postrado,
 La ceguedad del mundo y sus errores,
 Cómo, aun mal de su grado,
 Con tan santos amores
 Brotara nuestro pecho en mil ardores!
 El tibio confundido,
 Tocado de la llama se alentara;
 Volviera el descreído,
 Y el mundo abandonara
 Quien por él vuelve hasta á su Dios la cara.
 Pues no de otra manera
 Que la viva centella, que, cayendo,
 Cuanto halla de carrera
 Deshace y va rompiendo,
 Tu voz fué nuestros pechos encendiendo.
 ¡Oh! de continuo suena
 Tu acento en mis orejas, Delio amado,
 Que á par que me enajene,
 Rompa el yugo pesado
 Do aun gime este mi pecho, mal su grado.
 Taparé á las livianas
 Palabras de los hombres el oído,
 Y á sus promesas vanas,
 Por poder desprendido
 Seguir tus huellas, de tu ardor movido,

ELEGÍAS.

ELEGÍA PRIMERA.

EL DELEITE Y LA VIRTUD.

¡Oh loca ceguedad! ¡será que rompa
 Las cadenas que me atan con la tierra,
 O dejaré que el ocio me corrompa?
 ¡Rebelaréme al vicio, y cruda guerra
 Le haré con firme pecho, ó comunero
 Con el vulgo seré, que siempre yerra!
 ¡Osaré declararme compañero
 Del bando vencedor, que heroico pisa
 De la virtud el áspero sendero!

niano, quien, como editor de las obras del maestro Gonzalez, dió
 en las Noticias de su vida alguna idea del mérito de esta canción de
 MELENDEZ, que no se halla entre sus obras publicadas.—Esta nota
 y la oda existen, de letra de don Martín Fernandez de Navarrete,
 entre los papeles de este ilustre escritor que posee su familia.

¡Seré del pueblo la canción y risa,
 O, su malsana vanidad siguiendo,
 Correré á mi despeño aun más aprisa?
 Las altísimas cumbres que estoy viendo,
 Van del honor al templo.... Allí me llama,
 Allí el deleite placido riendo.
 Sus vinos, cebo al paladar, derrama
 En transparentes copas, con su fuego
 El ya movido corazón me inflama.
 ¡A quién no arrastrarán el blando ruego,
 La música y balsámicos olores,
 Y de tanto amador la trisca y juego?
 Toda es gala la tierra y lindas flores,
 Del céfiro adornece el manso aliento,
 Los trinos de las aves son amores.
 Irme mal grado yo tras ellas sienta;
 La razón me detiene; el apetito
 Aguija, y corre más veloz que el viento.
 «¡Será, me dice, disfrutar, delito,
 Los frescos valles que á la vista tienes,
 O yerro entrar en tan feliz distrito?
 ¡No ves los lisonjeros parabienes,
 Con que la alegre turba solicita
 Que á gozar corras sus inmensos bienes?
 »Naturaleza pródida te incita,
 Y su abundante mesa te prepara;
 ¡Sordo serás cuando placer te grita!
 »Escúchala; y no necio, tan avara
 La juzgues con el hombre, que ha criado,
 A que sus dones como rey gozará.
 »El pesar sigue al gozo, el abrasado
 Esto á la apacible primavera,
 Y al abundante otoño el cierzo helado.
 »El tiempo vuela, la ocasión no espera;
 Goza tu edad lozana, y los oídos
 Tapa y no escuchen la razón severa.
 »Corre, corre estos prados, que floridos,
 Son viva imagen de tus verdes años,
 Y á la vejez remite los gemidos.»
 Así me disimula sus engaños
 Con halagüeña voz; así procura
 Ciego arrastrarme á sempiternos daños.
 Mas luego la razón, que á su luz pura
 Del ánimo la niebla desvanecce,
 De la virtud me muestra la hermosura.
 Ella, dolida de mi error, me ofrece
 Su diestra celestial, y la gloriosa
 Palma me ostenta que jamas perece.
 «¡Qué los placeres son, con amorosa
 Boca me acusa, y el fugaz contento,
 Sino, envuelta en espinas, frágil rosa,
 »Que apenas abre entre fragante aliento
 De suave aroma el seno delicado,
 La agosta el sol ó la deshoja el viento!
 »Evita, evita el lazo do enredado
 Vas mísero á caer, y la engañada
 Tropa desdeña y su falaz enidado.
 »Presto verás cuál la vejez helada
 Trunca su risa en lágrimas, y en mudo
 Silencio el canto y música acordada.
 »El pesar y el temor con diente agudo
 Su infeliz pecho romperán, las flores
 Lozanas vueltas en invierno crudo.
 »Y en pos la enfermedad y los dolores
 A aquejarlos vendrán con mil insanos
 Recuerdos y fantásticos pavores.
 »Hasta el sepulcro tenderán las manos,
 Buscando asilo entre su horror; ¡ay! huye,
 Huye, y no atiendas los clamores vanos.
 »No los atiendas, necio.»—Así me arguye;
 Y la razón con su favor deshace
 El ciego ardor que el corazón destruye.
 Y yo, como el enfermo á quien desplace
 En fiebre ardiente amarga medicina,
 Y odioso el que la sirve se le hace,
 Así de la razón la luz divina
 No puedo resistir, mirar no osando
 La virtud en su alteza peregrina;
 Y en encendidas lágrimas bañando
 Las pálidas mejillas, aún suspiro
 Por el mentido bien que voy dejando:
 ¡Tan dulce es la prisión en que me miro!

ELEGÍA II.

EL MELANCÓLICO, Á JOVINO.

Cuando la sombra fúnebre y el luto
De la lóbrega noche el mundo envuelven
En silencio y horror; cuando en tranquilo
Reposo los mortales las delicias
Gustan de un blando saludable sueño;
Tu amigo solo, en lágrimas bañado,
Vela, Jovino, y al dudoso brillo
De una cansada luz, en tristes ayes,
Contigo alivia su dolor profundo.

¡Ah! ¡cuán distinto en los fugaces días
De sus venturas y soñada gloria
Con grata voz tu oído regalaba,
Cuando ufano y alegre, seducido
De crédula esperanza al fausto soplo,
Sus ansias, sus delicias, sus deseos
Depositaba en tu amistad paciente,
Burlando sus avisos saludables!
Huyeron prestos como frágil sombra,
Huyeron estos días, y al abismo
De la desdicha el misero ha bajado.

Tú me juzgas feliz.... ¡Oh si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga,
Que va sangre vertiendo noche y día!
¡Oh si del vivo, del letal veneno,
Que en silencio le abrasa, los horrores,
La fuerza conocieses! ¡Ay Jovino!
¡Ay amigo! ¡ay de mí! Tú solo á un triste,
Leal confidente en su miseria extrema,
Eres salud y suspirado puerto.

En tu fiel seno, de bondad dechado,
Mis infelices lágrimas se vierten,
Y mis querellas sin temor piadoso
Las oye, y mezcla con mi llanto el tuyo.
Ten lástima de mí: tú solo existes,
Tú solo para mí en el universo.
Doquiera vuelvo los nublados ojos,
Nada miro, nada hallo que me cause
Sino agudo dolor ó tedio amargo,
Naturaleza, en su hermosura varia,
Parece que á mi vista en luto triste
Se envuelve umbria, y que sus leyes rotas,
Todo se precipita al caos antiguo.

Si, amigo, si: mi espíritu, insensible
Del vivaz gozo á la impresion suave,
Todo lo anubla en su tristeza oscura,
Materia en todo á más dolor hallando,
Y á este fastidio universal que encuentra
En todo el corazón perenne causa.

La rubia aurora entre rosadas nubes
Plácida asoma su risueña frente,
Llamando al día; y desvelado me oye
Su luz modesta, maldecir los tringos
Con que las dulces aves la alborean,
Turbando mis lamentos importunos.
El sol, velando en centellantes fuegos
Su inaccesible majestad, preside
Cual rey al universo, esclarecido
De un mar de luz que de su trono corre.

Yo, empero, huyendo del, sin cesar llamo
La negra noche, y á sus brillos cierro
Mis lagrimosos fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega,
Tanto anhelada; á lloro más ardiente,
A más gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño; de mí huye
Despavorido, y en vigilia odiosa
Me ve desfallecer un nuevo día,
Por él clamando detestar la noche.

Así tu amigo vive: en dolor tanto,
Jovino, el infelice, de tí lejos,
Lejos de todo bien, sumido yace.
¡Ay! ¡dónde alivio encontraré á mis penas?
¡Quién pondrá fin á mis extremas ansias,
Ó me dará que en el sepulcro goce
De un reposo y olvido sempiternos!...
Todo, todo me deja y abandona.
La muerte imploro, y á mi voz la muerte
Cierra dura el oído; la paz llamo,
La suspirada paz, que ponga al ménos

Alguna leve tregua á las fatigas
En que el llagado corazón guerra:
Con fervorosa voz en ruego humilde
Alzo al cielo las manos; sordo se hace
El cielo á mi clamor; la paz que busco,
Es guerra y turbación al pecho mio.

Así huyendo de todos, sin destino,
Perdido, extraviado, con pié incierto,
Sin seso corro estos medrosos valles;
Ciego, insensible á las bellezas que ora
Al ánimo doquiera reflexivo
Naturaleza ofrece en su estación más rica.
Un tiempo fué que, de entusiasmo lleno,
Yo las pude admirar, y en dulces cantos
De gratitud holgaba celebrarlas,
Entre éxtasis de gozo, el labio mio,
¡Oh cómo entonces las opimas menses,
Que de dorada arista defendidas,
En su llena sazón ceden al golpe
Del abrasado segador! ¡oh cómo
La ronca voz, los cánticos sencillos
Con que su afán el Labrador engaña,
Entre sudor y polvo revolviendo
El rico grano en las tendidas eras,
Mi espíritu inundarán de alegría!
Los recamados centellantes rayos
De la fresca mañana, los tesoros
De llama inmensos que en su trono ostenta
Majestuoso el sol, de la tranquila
Nevada luna el silencioso paso,
Tanta luz como esmalta el velo hermoso
Con que en sombras la noche envuelve el mundo,
Melancólicas sombras, jamás fueran
Vistas de mí, sin bendecir humilde
La mano liberal que omnipotente
De sí tan rica muestra hacernos sabe;
Jamás lo fueran sin sentir batiendo
Mi corazón en celestial zozobra.

Tú lo has visto, Jovino; en mi entusiasmo
Perdido, dulcemente fugitivas
Volárame las horas.... Todo, todo
Se trocó á un infeliz: mi triste musa
No sabe ya sino lanzar suspiros,
Ni saben ya sino llorar mis ojos,
Ni más que padecer mi tierno pecho.
En él su horrído trono alzó la oscura
Melancolía, y su mansion hicieran
Las penas veladoras, los gemidos,
La agonía, el pesar, la queja amarga,
Y cuanto monstruo en su delirio infausto
La azorada razón abortar puede.

¡Ay! ¡si me vieses elevado y triste,
Inundando mis lágrimas el suelo,
En él los ojos, como frita estatua
Inmóvil y en mis penas embargado,
De abandono y dolor imagen muda!
¡Ay! ¡si me vieses ¡ay! en las tinieblas
Con fugaz planta discurrir perdido,
Bañado en sudor frío, de mi propio
Huyendo, y de fantasmas mil cercado!

¡Ay! ¡si pudieses ver.... el devaneo
De mi ciega razón, tantos combates,
Tanto caer, y levantarme tanto:
Temer, dudar, y de mí vil flaqueza
Indignarme afrentado, en vivas llamas
Ardiendo el corazón al tiempo mismo!

¡Hacer al cielo mil fervientes votos,
Y al punto traspasarlos.... el deseo....
La pasión, la razón ya vencedoras....
Ya vencidas huír!... Vén, dulce amigo,
Consolador y amparo; vén y alienta
A este infeliz, que tu favor implora.
Extiende á mí la compasiva mano,
Y tu alto imperio á domeñar me enseña
La rebelde razón; en mis austeros
Deberes me asegura en la escabrosa
Difícil senca que temblando sigo.
La virtud celestial y la inocencia
Llorando huyeran de mi pecho triste,
Y en pos de ellas la paz; tú concíliame
Con ellas puedes, y salvarme puedes.
No tardes, vén, y poderoso temple

Tan insano furor; ampara, ampara
A un desdichado que al abismo, que huye,
Se ve arrastrar por invencible impulso,
Y abrasado en angustias criminales,
Su corazón por la virtud suspira.

ELEGÍA III.

DE MI VIDA.

¡Dónde hallar podré paz? El pecho mio
¿Cómo alivio tendrá? ¿De mi deseo
Quién bastará á templar el desvarío?
Cuanto imagino, cuanto entiendo y veo,
Todo enciende mi mal, todo alimenta
Mi furor en su ciego devaneo.
Se alza espléndido el sol, y el mundo alienta,
De vida y acción lleno; á mi enojosa
Brilla su luz, y mi dolor fomenta.
Corre el velo la noche pavorosa,
Bañado en alto sueño á los mortales,
Y en plácida quietud todo reposa.
Yo solo en vela, en ansias infernales
Gimo y el llanto mis mejillas ara,
Y al cielo envío mis eternos males.

¡Ay! ¡la suerte enemiga cuán avara
Desde la cuna se ostentó conmigo!
Jamás el bien busqué, que el mal no hallara.
En cuidada orfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
No hallé un halago ó me abrazase amigo.
¡Justicia pudo ser que así naciese
Para ser infeliz! ¿que de mi seno
Nunca el gozo señor ni un punto fuese?
¡Nacen los hombres á penar! ¡ajeno
Es el bien de la tierra! ¿ó me castigas
A mí tan sólo, Dios elemento y bueno?
Perdona mi impaciencia, si me obligas
A tan miserables quejas: ¿por qué el crudo
Dolor en breve punto no mitigas?

¿Por qué, por qué me hieres tan sañudo?
¿Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
¡El polvo, ¡ay Padre! en qué ofenderte pudo?
Da paz á este mi pecho; de la oscura
Tiniebla en que mis piés envueltos veo,
Llévame por tu diestra á la luz pura.

El iluso y frenético deseo
Rige, Señor, con valedora mano,
Y haz la santa virtud mi eterno empleo.
Yo de mí nada puedo; que liviano,
Si así me quiero, escapa; si frenarle,
De mí hago poder se burla insano.

¡Cuántas, oh, cuántas veces arrancarle
Del abismo do está! ¡cuántas del puro,
Del casto bien propuse enamorarle!
¡Oh si alcanzase en soledad seguro
Vivir al ménos! exclamé llorando;
Mi estado fuera entonces ménos duro.
Ferviente hasta el gran Sér la mente alzando,
La quietud noche, el turbulento día
Pasára yo sus obras contemplando.

Con el alba la célica armonía
De las aves del sueño me llamara,
Y á las suyas mi lengua se uniría
A adorar su bondad; cuando vibrara
Mas sus fuegos el sol, del bosque hojoso
La sombra misteriosa me guardara.

Si tu pendón la noche silenciosa
Alzara, y en su trono la alba luna
Bañara el mundo en esplendor gracioso,
Yo sus pasos siguiendo de una en una
Recordara, seguro de más daños,
Las vueltas que en mí usara la fortuna.
Allí alegre riera sus engaños,
Su falaz ofrecer, el devaneo
De mis perdidos juveniles años.

Amé, y hallé dolor; volví el deseo
A las ciencias, creyendo que serian
Al alma enferma saludable empleo;
Las ciencias me burlaron, me ofrecian
Remedios que mis llagas irritaban,
Y á la hidalga razón grillos ponian,

Dejélas, y corriendo me llamaban
La oficiosa ambición y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban.
Mas fastidiéme al punto, y á las flores
Me torné del placer tras un mentido
Bien, que á mi pecho causa mil dolores.
¡Oh! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
¡Siempre del mundo al idolo cerrado
Los ojos, y á su voz mi incauto oído!
Y hubiera tantas ansias excusado,
Tanto miedo y vergüenza y cruda pena,
Vigilia tanta en lágrimas bañado.

Pero el cielo parece que condena
Los hombres al error, y que se place
En que arrastren del vicio la cadena.
Nunca el seguro bien nos satisface:
El placer nos fascina; la paz santa
Morada nunca entre sus flores hace.
¡Quién hay que huelle con segura planta
La ardua senda del bien? ¡y quién, perdida,
La torna á hallar, y en ella se adelanta!

Toda es escollos nuestra frágil vida:
Tiende el vicio la red, y la dañosa
Ocasión por mil artes nos convida.
El deseo es osado cuan medrosa
Y flaca la razón. A quién el oro,
A quién mirada encanta cariñosa;
Otro al són corre del clarín sonoro,
Tras la gloria fatal, y en grato acento
Le suena el bronco horrible, el triste lloro.
Aquél con impudencia audacia al elemento
Voluble se abandona en frágil nave,
Y los monstruos del mar mira contento.

Nadie se rige por razón, ni sabe
Qué codicia, qué teme, qué desea,
Cuál cosa vitupere y cuál alabe.
Así el hombre infelice devanea,
Sin que jamás el justo medio acierte;
Y el mal de todos lados le rodea,
Hasta que da por término en la muerte.

ELEGÍA IV.

DE LAS MISERIAS HUMANAS.

¡Con qué silencio y majestad caminas
Deidad augusta de la noche umbrosa,
Y en la alta esfera placida dominas!
Llena de suave albor tu faz graciosa,
Ver no deja el ejército de estrellas
Que sigue fiel tu marcha perezosa.
Mientras el carro de cristal entre ellas
Rigiendo excelsa vas, y el hondo suelo
Ornas y alumbres con tus luces bellas.
Salve, oh brillante emperatriz del cielo
Y reina de los astros; salve, hermana
Del almo sol, de miseros consuelo.

A tí me acojo en la tormenta insana
Que me abisma infeliz; á tí, que amiga
Oírme sabes y acorrerme humana.
Que en tí, de alivio cierto, su fatiga
Descarga el triste, y el que en grillos llora,
Con tu presencia su penar mitiga.

Perdido el rumbo, el náfrago te implora
Contra la tempestad en noche oscura,
Y el solitario tu deidad adora.
Y á todos tu solícita ternura
Acoge y cura su llagado seno,
Lanzando de sus rostros la amargura.

¡Luna! ¡piadosa luna! ¡cuánto peno!
No, jamás otro en tu carrera viste,
A otro infeliz cual yo de angustias lleno.
Un tiempo en lira de marfil me oíste
Cantar insano mi fugaz ventura,
Y envidia acaso de un mortal tuviste.

¡Oh! ¡cómo iluso en juvenil locura
El mundo ante mis ojos parecía
Risueño y de la vida el aura pura!
Crédulo yo á los hombres ofrecía
Mi llano, inerte seno; entre sus manos
Cual simple corderillo me metía.
Ingenuos siempre, fáciles, humanos,

Y la alma paz pintada en el semblante,
 Hermanos los creí, y hallé tiranos.
 De oído sordo y pecho de diamante,
 Cuando en su amparo el infeliz los llama,
 Y en solo el mal su corazón constante.
 A quién ciego furor el pecho inflama,
 Quién en muelle placer se aduerme ciego,
 Y quién en ira atroz sangriento brama.
 Sopla la envidia su dañado fuego,
 Mientras de oír, hinchada, se desdora
 La vanidad de la indigencia el ruego.
 ¡Ay! ¡ay de aquel que abandonado llora,
 Y vil ultraje de enemigos hados,
 Crédulo en ellos fia sólo un hora!
 Burlado gemirá, cual disipados
 Al puro rayo del naciente día
 Los palacios del sueño fabricados.
 El que iluso en su ardiente fantasía,
 Cuanto anheló gozaba, congojoso
 Maldice, despertando, su alegría;
 Apénase burlado, y sin reposo
 Del bien soñado, que cual sombra vana
 Haye, en pos corre, y llámale floroso.
 Cada cual sólo en adorar se afana
 El ídolo que alzó su devaneo,
 Y al cielo su afición lo encumbra insana.
 ¿Quién hace, quién, de la virtud su empleo?
 ¿Quién busca osado la verdad divina
 O al aura del favor cierra el deseo?
 Llorosa al suelo la inocencia inclina
 Su lastimada faz, y tiembla y gime,
 Y el vicio erguido por doquier camina.
 Fiero el poder con ruda planta oprime
 La sencilla bondad, que desolada,
 Ni aun huyendo su vida al fin redime.
 La lumbre del saber yace eclipsada
 En brazos del error, que omnipotente
 Oprime la ancha tierra sojuzgada.
 Y el mortal ciego, cuya excelsa mente
 Sublimarse debiera en raudó vuelo
 Sobre el trono del sol resplandeciente,
 Y allí fijar en el confin del cielo
 Su mansion inmortal, siempre en florosa
 Pena, en misero afán gime en el suelo.
 Gime, y adoración rinde afrentosa
 A otro mortal cual él; ó si se afra,
 Mudo, azorado, ni aun quejarse osa.
 Muy más que si en su cólera le mira
 Indignado el Señor, cuando su mano
 Vibra el rayo, ministro de su ira;
 El rápido huracán con vuelo insano
 Trastorna el bajo mundo, y de la sierra
 El roble erguido precipita al llano.
 Yo ví correr la asoladora guerra
 Por la Europa infeliz, á su bramido
 Gemir el cielo, retemblar la tierra;
 Y un pálido esqueleto, sostenido
 Sobre ella y sobre el mar, con mano airada
 Miles hundir en el eterno olvido;
 El fuego asolador la miés dorada
 Aniquilar, la miés, ¡oh saña impía!
 Del dueño inerme en lágrimas regada;
 Y á un pueblo en sólo el círculo de un día
 Desparecer de sobre el triste suelo,
 Que el temblon viejo y la niñez huía.
 En tal devastación ciego el anhelo
 Del humano orgullo complacerse,
 Y en locos himnos insultar al cielo.
 Tanto el hombre infeliz embrutecerse
 Puede, ¡oh dolor! el hombre, que debiera
 De una gota de sangre estremecerse;
 Y en fraternal unión en tanta fiera
 Peste como su sér misero amaga,
 Tierno acorrer en su fugaz carrera.
 Si como atiende la ilusión aciaga
 De la pasión que su razón fascina,
 Y el blando fuego de su seno apaga,
 Dócil supiese oír su voz divina;
 Su voz, que entonces incorruptible suena,
 Y á la mansa piedad siempre le inclina.
 El daño universal mi propia pena
 Me hizo, luna, olvidar; miro á mi hermano,

Al hombre miró en infeliz cadena,
 Y aunque grave mi mal, ya me es liviano.

ELEGÍA V.

MIS COMBATES.

¡Qué sedición, oh cielos, en mi siento,
 Que en contrapuestos bandos dividido,
 Lucha en contra de sí mi pensamiento!
 Ora flaco el espíritu y rendido,
 La espalda vuelve y parecer no osa;
 Ora carga triunfante y atrevido.
 La razón huye tímida y medrosa;
 Sigue el sentimiento denodado,
 Y cual hambriento lobo, así la acusa.
 El confuso tropel, el lastimado
 Alarido, la queja y vocería
 Tiene al cobarde corazón helado.
 Gruesa niebla á mis ojos roba el día,
 Y en tinieblas me deja y sin consuelo,
 Llorando de la muerte en la agonía.
 Una parte de mí se encumbra al cielo,
 Otra entre crudos hierros gime, atada
 Al triste, oscuro, malhadado suelo.
 Busco en vano la paz en la sagrada
 Lumbre del albo día, y el sombrío
 Fúnebre imperio de la noche helada
 No es poderoso á dar al pecho mío
 La tregua más liviana, ó de mis ojos
 ¡Ay! modera de lágrimas el río.
 ¿Qué causa he sido yo de estos enojos?
 ¿No recelé y temí, y al escarmiento
 Dí ya, en mi error, los últimos despojos?
 ¿No resolví con generoso aliento
 Jamas, jamas rendirme? pues ¡qué guerra,
 Qué cruda guerra ¡cielos! en mi siento?
 ¿A qué ignorado clima de la tierra,
 Para librarme, huiré, si el enemigo
 Dentro en el corazón la carga cierra?
 ¿Por qué paz ¡ay! no he de tener conmigo?
 ¿No será en sus locuras ya templado
 De la virtud el sentimiento amigo?
 ¿Qué es el hombre infeliz, si, contrastado
 Siempre de la ocasión ó del deseo,
 Una vez entre mil es coronado?
 ¿Será de la razón el noble empleo
 Venecida ser del polvo?... Ensalce ahora,
 Ensalce aqnel divino, excelsó arreo
 Con que las ciencias todas atesora,
 Y con alas de fuego se levanta
 Sobre el inmenso espacio que el sol dora.
 Fuérale más seguir la virtud santa,
 Que ante el vicio llorando estar rendida,
 Y besar, sierva vil, su innumada planta.
 El eterno Saber no nos dió vida
 Para el cielo medir ó el mar salado,
 Sino para á él labrarnos la subida.
 Y el hombre, en el error enajenado,
 Clama llorando lejos del camino,
 Cual barco de las olas azotado,
 Que sin timón ni velas, al continuo
 Batir de hórridos vientos, va ligero
 A fenecer en misero destino.
 Un mentido placer, un lisonjero
 Halago de la suerte, el vil encanto
 Del ocio, un nombre vano y pasajero,
 Le tendrán siempre con desden ó llanto;
 ¡Y la augusta virtud ni una mirada
 Podrá deberle entre desvelo tanto!
 ¡Ay! la frente serena y elevada,
 La gallarda estatura, el alto pecho,
 De tan excelsó espíritu morada,
 ¿Dicen acaso al hombre que fué hecho
 Para este suelo humilde, deleznable,
 Do apénase se halla el bruto satisfecho?
 ¡Hombre! ¡sér inmortal! ¡tan despreciable
 Quieres hacerte! el corazón levanta,
 Y sé una vez en tu ambición laudable.
 Lo que más ciego anhelas, lo que encanta
 Tus fascinados ojos, ¡cuán mezquino
 Es mirado á tu luz, oh virtud santa!

Esa bóveda inmensa, do el divino
 Poder sembró los astros, el lumbroso
 Sol en su trono, el rápido camino
 Que hace en torno la tierra, el pavoroso
 Abismo, y cuanto puede de la nada
 Sacar de Dios el brazo poderoso,
 ¡No lo abarcas con sola una mirada
 De la presta y ardiente fantasía,
 Y te creas mil mundos, si te agrada?
 ¡Y en la tierra tu fin y tu alegría
 Fijas, partiendo con el vil gusano
 La suerte de gozarla un solo día!
 Puedes al querubín llamar hermano,
 Y á las arpas angélicas unido,
 Seguir feliz el coro soberano
 Con que, ante el trono del Señor rendido,
 El pueblo celestial alegre suena
 En himno de loor no interrumpido;
 ¡Y el oro te deslumbra y enajena,
 O por el mando y el favor suspiras,
 Y del placer arrastras la cadena!
 Corre con mente alada cuanto miras,
 Esos globos de luz que en la callada
 Noche en sus orbes rápidos admiras;
 El ancho mar, do en vano, fatigada,
 La vista busca un término; la tierra,
 De tanto bruto y árboles poblada;
 Las vaporosas nubes, do se encierra
 La grata, fértil lluvia entre el ligero
 Rayo, que al mundo en su fragor aterra;
 Del supremo poder el lisonjero
 Encanto; y luego finge en tu albedrío
 Otros mundos, y en todos sé el primero;
 Y amontona con ciego desvarío
 Los bienes á los bienes, que lloroso
 Has de hallar siempre el corazón vacío.
 ¿No es inferior el oro al luminoso
 Sol, que lo forja con su vista ardiente,
 De la tierra en el seno tenebroso?
 ¿No es ménos el placer que el indecente
 Ídolo que te arrastra, y la fortuna
 Que el gran pueblo á quien sirves reverente?
 ¿Y acaso de estas cosas puede alguna
 Con tu divino espíritu igualarse,
 Que brilla ya inmortal desde la cuna?
 ¿Un inmundo carbon podrá preciarse
 Cual el claro crisólito, y al cielo
 El vil lodo que huellas, compararse?
 Pues ménos, ménos es el ancho velo
 Contigo de su bóveda sagrada,
 Con cuanto cubre en el humilde suelo.
 Tiempo vendrá que al seno de la nada,
 La cadena del sér por Dios rompida,
 Caiga naturaleza despenada.
 Fenecerán los astros, desunida
 Su masa de cristal; en el medroso
 Cáos la tierra vagará perdida;
 Y el lumínar del día del reposo
 Saldrá de tantos siglos, impelido
 Del brazo de un arcángel glorioso.
 Mas tu sér inmortal, al alarido
 Y universal ruína preservado,
 Brillará á par del querubín lucido.
 La eternidad le abrazará; y pasmado
 Verá siglos á siglos sucederse,
 Más y más que olas lleva el mar airado.
 ¡En qué, entonces, podrá reconocerse
 Este barro caduco, ahora expuesto,
 Cual humo á un débil soplo, á deshacerse?
 ¡Oh eternidad! ¡eternidad! ¡cuán presto
 Mi espíritu en tu morada tenebrosa
 Entrará, sin que aún nada haya dispuesto!
 ¡Acaso en plazo breve la medrosa
 Campana sonará! ¡Qué es ¡ay! la vida,
 Sino nave en las aguas presurosas?
 ¿Dó están los años de la edad florida?
 ¿Dónde el reír, el embeleso insano
 De los placeres! ¡ilusión mental!
 Todo pasó: la asoladora mano
 Del tiempo en el abismo de la nada
 Lo despeñó con ímpetu inhumano.
 Cuanto fué feneció: la delicada

Beldad que ayer idolatré perdido,
 Hoy sin luz yace, del solano ajada.
 Al que de un pueblo ante sus piés rendido
 Vi aclamado, en la casa de la muerte
 Le hallo ya entre sus siervos confundido.
 Al que oi con envidia de tan fuerte
 Jactarse, un soplo de ligero viento
 Súbito en polvo su vigor convierte.
 El sabio que con alto entendimiento
 Señalaba al cometa su ardua vía,
 Cual él se esconde, si brilló un momento.
 Y el que en sus cofres encerrar quería
 Todo el oro fatal del rubio Oriente,
 Desnudo baja á la región sombría.
 Perecen los imperios: grave siente
 El peso del arado el ancho suelo,
 Do la gran Troya se asentó pot nte.
 Desierto triste, la ciudad de Bolo
 De fieras es guardada: en la memoria
 Esparta dura para eterno duelo.
 ¿Dó blason tanto y célebre victoria,
 Dó se han hundido? ¡oh suerte miserable
 Del sér humano! ¡oh frágil, fugaz gloria!
 ¡Alma inmortal! ¡qué es esto? ¡en qué durable
 Ventura anhelas! ¡la esperanza vana
 Limitas ciega al barro deleznable?
 Hija del cielo, ¡tras el vicio, insana,
 Así te prostituyes!... El camino
 Emprende de tu patria soberana.
 Empréndele, no tardes; tu destino
 Es la virtud aquí, y en las mansiones
 De gloria el premio á tus victorias digno.
 No jactes, no, tu sér, si las pasiones
 Te han degradado: ¡el mundo te recrea!
 Bestia te torna, olvida tus blasones.
 Un alma que se afana, que se emplea
 En nada de la tierra, es un lucero
 Caído del cielo al lodo que le afea.
 La virtud, la virtud: éste el primero
 De tus conatos sea, de tu mente
 Estudio, de tu pecho afán sincero,
 De tu felicidad perenne fuente.

ELEGÍA VI.

LA VIRTUD. EN LA TEMPRANA Y DOLOROSA MUERTE
DE UN HOMBRE DE BIEN.

Virtud, alma virtud, don inefable,
 Que Dios al hombre en su bondad envía,
 Y al puro serafín gloriosa igualas
 Su humilde y flaco sér, mis ruegos oye:
 Llena mi pecho de tu excelsó fuego,
 Y mis pasos sosten. Por tí respiro,
 Por tí soy libre, y traspasar me es dado
 Muy más presto que el águila las cimas
 Del claro empíreo, hasta llegar felice
 A la altísima córte del Eterno.
 Canto, y mi voz tus alabanzas suena,
 Y el coro de los ángeles sus himnos
 Une á los míos, y al Señor loamos.
 Cesó, y callando el ánimo te goza.
 Suspiro tierno, y la oración ferviente
 Con presto vuelo extática sublima
 Mis blandos ayes al excelsó trono.
 Cuando más grato el inefable escucha
 Con solícito amor las ansias tristes
 Del polvo vil, que su bondad implora,
 O gimo y lloro del ansiar continuo,
 Y entre mil sombras de mentidos bienes
 Errar perdidos los mortales ciegos.
 ¡Oh! ¡cuántos días mi esperanza anduvo
 Colgada de un cabello! ¡cuántos, cuántos,
 Cubierto el pecho de horrosas nubes,
 Temblé del trueno el pavoroso estruendo,
 Y el rayo asolador mi frente hería!
 Busqué la dicha, y abracé un fantasma;
 Torné á buscar, y hallé miserables penas;
 Y gemí triste de mi hallazgo infausto,
 Aquí y allí, como la arista leve,
 Entre el temor y la inquietud perdido.
 Tú lo has visto, Fani, sublime amiga

De la virtud, idólatra de cuanto
Honesto y bueno las delicias hace
De las almas sensibles, cuyo seno
Venice en candor á la brillante aurora,
Venice á la nieve inmaculada, siempre
Del pobre abierto al clamoroso labio,
Y del triste á las lágrimas amargas.
Tú lo has visto, Fani: ¡miseros días
De horror y luto, y de zozobra y llanto!
Que ya pasaron, y á mis ojos lucen
Otros más claros de inefable calma,
De constante placer, jamás habidos
Del que á la tierra vil la mente apega.
Tu oficiosa amistad sostuvo entonces
Mi desaliento, y cual benigna lluvia
De primavera tus palabras fueron
Al agostado corazón, que aromas
Y flores goza do llevara abrojos.
Quisolo el cielo, y á curar mis llagas,
Y á sustentarme con potente diestra
Plácida la virtud corrió á mi ruego.

Ella, que al sabio á la región sublima
De quietud eternal, donde no alcanzan
Ni los cuidados, ni las torvas nubes
En que gemimos en la tierra oscura,
Batidos siempre de sañosos vientos,
Igual su pecho sin zozobra mira
Rodar los días, y al profundo abismo
Hundirse del no ser, en sombra y humo
Vidas, triunfos, blasones disipando.
La paz le rie afable, la sencilla,
Sublime paz del bien obrar: sus plantas,
Mas que á altísima roca el mar soberbio,
Baten en vano las alzadas olas
De las pasiones: inmutable espera,
A el alma cielo fuertemente asido,
Y del Eterno en el inmenso seno
Arrojándose fiel, cual hijo amado
Goza feliz sus pródigas caricias.

El solo, el solo en inexhausta fuente
Sabe embriagarse de delicias puras,
De verdaderos gozos; sombra y nada
Los gozos son del turbulento mundo.
Siempre el cuidado, la inquietud medrosa,
La inconstancia fatal el alma afligen,
Y al fin la risa en lágrimas convierten.
Anhela hoy loca, y exhalada vuela
Tras lo que al punto insípido le cansa;
Lánzase ciega á asir la rosa, y gime
No hallando en ella sino agudas puntas,
Que mil y mil el corazón le hieren.
Y cual las flores fúnebres, que exhalan
Un cansado feto, si en ricos tintes
Brillan, engaña á los incautos ojos,
Tal en mil formas al deseo iluso
El contento falaz su imagen vana
Muestra, encubriendo la fatal ponzoña.

No así, virtud, tus inefables gozos;
Eternos como tú, siempre son nuevos.
Sobre la impura atmósfera encumbrados
De las pasiones y el voluble anteojo,
El alma siempre regalarse puede
En su immortal dulzor, y siempre gratos,
Tiempo, penas, hastio, nada el gusto
Del sabio apaga que á gozarlos llega.
Su ilustrada razon tranquila rige
Su vida igual, y su conciencia llama
De la noche en el fúnebre silencio,
En que su voz más imperiosa truena,
Sus pensamientos á imparcial exámen.
Mira un deseo; y si traspasa indócil
El alto valladar con que el Excelso
Próvido encierra su vagar liviano,
Al punto en pos lanzándose, las alas
Le rompe locas, y en el cerco estrecho
De su inefable ley torna á encerrarle.

Ante él sin fruto su engañosa rueda
Fiende la vanidad, que al cielo encumbra
La frente necia, y en el lodo hundida
Lleva en el suelo la disforme planta.
Sin fruto ostenta sus cadenas de oro
El funesto poder; más soberano

Que los que el mundo silencioso adora
En sus brillantes y caducas sillas,
Sobre sí mismo reina: los sentidos,
El corazón sus leyes obedecen;
Y mientras ve la adulacion astuta,
La mentira, el error, que en torno espían
Las coronadas frentes, mil fatales
Sútiles lazos á sus piés tendiendo,
El recogido y en silencio escucha
La angusta voz de la verdad divina,
Y corre en pos de su brillante antorcha,
Que fiel le guía al paraíso eterno.

Mira á esta luz cuánto liviano el mundo
Más precia, y rie en sus juicios vanos.
Ve en la beldad un fósforo agradable
Que, al quererle tocar, se apaga, y deja
Sólo dolor y funerales sombras.
En las grandezas un fantasma de humo
Formado y nombres bárbaros, que esconde
Dudoso el tiempo, en la ambicion funesta,
De la infeliz humanidad el duelo,
Y al orbe en sangre y lágrimas bañado;
Y en la elacion el impotente ahinco
Del pigmeo que alzándose, la helada
Cima del Atlas igualar pretende.

Su mente alada generosa vuela
Sobre soles y soles, que sin cuento
Rodando pueblan el inmenso espacio.
Dios solo para su carrera ardiente:
Velo, y se postra ante el excelso trono,
Y allí, en deleite altísimo embriagado,
Le adora y goza, y en su luz se anega.
Mientras su seno en lágrimas se inunda
De etérea suavidad, que en largo río
Plácidos brotan sus felices ojos,
O si tal vez hácia la tierra triste
De allá los vuelve, con desden burlando
Su inmensa pequeñez, ¿dó está, pregunta,
Dó está la Europa? ¿los imperios dónde,
Que así ciegan los miseros mortales?
Dios y su pecho ocupacion le prestan
Larga y sabrosa; y la virtud benigna
Despierta en él mil altos pensamientos.

Contino en ellos embebido, aprende
Su nobleza á preciar: obra extremada
Del gran Dios, hijo suyo y heredero
Del reino eterno de la luz, hermano
Feliz del ángel, su nobleza es ésta,
Estos sus timbres y ascendencia augusta,
De ella glorioso las congojas tristes
Tu pecho ignora de la torva envidia;
Ama tierno á su hermano, y en sus bienes
Se abre sensible al inocente gozo,
Cual al rayo solar fragante rosa.

Buen padre, amigo fiel, buen ciudadano,
Cuantos su lado afortunados ciñen,
Cuantos su claro nombre léjos oyen,
Todos cual número tutelar le adoran.
Inclina reverente el vicio mismo
La frente ante sus piés; y si en su altura
Osa mirarle, atónito enmudece,
El entre tanto en afecciones tías,
Inmenso cual su Autor, á cuanto existe
Se derrama solícito, inflamado
De esta llama de amor, que eterna arde
Por la infinita creación, dichosa
Cadena que al gran Ser la nada enlaza;
Corre sus milagrosos eslabones
Del polvo al querubín, y en todos viendo
El propio bien en el comun librado,
Más y más vivos sus afectos arden.

Perseguirle con sus negras teas
La atroz venganza, la calumnia aleve
Le lanzará sus invisibles dardos,
Ó la injusticia de su hogar sañuda
Le arrojará, sin que el enojo un punto
Nuble su corazón, que vuelto al cielo,
«Mi amigo, exclama, es Dios», y alegre rie,
Plácida acaso le pondrá la suerte
Sobre su instable rueda; los honores
Coronarán su mérito sublime,
Y el bajo orgullo encontrará cerrado

Siempre su pecho; regirá un imperio,
Y gemirá en la púrpura importuna
Por el retiro y su feliz llaneza;
Mientras, á Dios casi igual, próvido entiendo
En la dicha del último vasallo.

Su continente es firme: débil caña,
Bulle el vicioso al impetu del viento,
Que va, dóblase, y vuelve en giros vagos.
No el justo así, mas cual robusta encina
Dilata firme sus pomposas ramas,
Y en vano el huracán su planta bate.
Pálida enfermedad, vejez caduca,
Nada le turbará: la muerte llega,
Y cual su amiga plácida la abraza.

«Lidié, canta, y veni: la mano beso
Que á sí me llama.» La virtud sostiene
Su cuello, en la ardua lid desfallecido,
Y el claro empuje á recibirle se abre.
Fani, así vive el virtuoso y muere;
Así brilló tu malogrado esposo,
Tu Belardo infeliz, mi noble amigo,
Mi protector, mi padre. Su nobleza
Fue sola su virtud, no de su cuna
El excelso esplendor, los largos bienes.
Amó, viviendo, el bien; amó los hombres,
Y en ellos al gran Ser con tierno pecho.
La hora sonó; y asido al hilo de oro
De esperanza immortal, por siempre á unirse,
Cual á la palma generoso atleta,
Voló seguro á su Hacedor inmenso.
Todos horaron en su muerte: él solo
La vió el dardo lanzar con faz serena,
De tí cercado y de sus dulces hijos,
Y alentó afable vuestro amargo duelo.
Su vida un día fue cándido y puro;
Su fin, cual sol que en el cerúleo ocaso
Se hundió, de llamas y arboles lleno.

DISCURSOS.

DISCURSO PRIMERO.

LA DESPEDIDA DEL ANCIANO (1).

Por un valle solitario,
Poblado de espesas hayas,
Que á la silenciosa luna
Cierran el paso, enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.
De cuando en cuando los ojos
Vuelve hácia atrás y se pára,
Y ahogarse el pecho siente
Con mil memorias aciagas.

«¡Oh! ¡quiera el cielo benigno,
En voz dolorida exclama,
Que sobre tí, patria ciega,
Mi persecucion no caiga!
Tú te ofendes de los buenos;
Y de tus hijos madrastra,
Sus virtudes con oprobios,
Con grillos sus luces pagas.
Si la calumnia apadrinas,
La desidia y la ignorancia,
¿Dónde los varones sabios
Podrás hallar que hoy te faltan?
La verdad ser gusta libre,
Y con el honor se inflama;
El no preciarla la ahuyenta,
Las cárceles la degradan.
Nunca el saber fue dañoso,
Ni nunca ser supo esclavo
La virtud. Si ciudadanos
Quieres, eleva las almas;

(1) Este discurso se imprimió, por primera vez, en el número 154 de El Censor.

¡Qué carrera tan inmensa
Se te descubre! labranza,
Poblacion, letras, costumbres,
Todo tu atencion aguarda.
Aduladores te pierden,
Que tus dolencias regalan.
Cierra el pecho á sus consejos
Y el oído á sus falacias;
Las virtudes son severas,
Y la verdad es amarga;
Quien te la dice, te aprecia,
Y quien te adula, te agravia.
Contempla la edad augusta,
Cuando en tu seno brillaban
Mil héroes, dichosa envidia
De las naciones extrañas;
Siglo de oro de tus glorias,
En que á la tierra humillada
Enseñoreaste á un tiempo
Con las letras y las armas.
¡Qué se hiciera de tus timbres!
De la sangre derramada
De tus valerosos hijos,
¡Cuál fruto, dime, sacaras!
¡Por qué al menos no los premias,
Y su virtud no consagras
En honrosas inscripciones
Y en inmortales estatuas!
A tu juventud presentas,
Cuando aún no sabe imitarlas,
Las venganzas y adulterios
De las deidades paganas;
¡Y un Pelayo, y un Ramiro,
Y otros mil que con su lanza
Quebrantaron las cadenas
Do gemias aherrrojada,
En olvido sempiterno
Será que sumidos yazgan!
¡Oh mengual! ¡oh descuido! ¡oh siglo!
¡Cuán mal el mérito ensalzas!
Vieran sus débiles nietos
En sus venerables canas
Las virtudes, que les dieron
Nombre eterno, retratadas.
En esto, en esto debieras
Gastar los montes de plata
Que de las remotas Indias
Traen las flotas á tus playas.
El labrador, descendiente
De aquellos que por su espada
Te las dieron, con gemidos
Tristes el pan te demanda.
Su miserable familia
Por lecho tiene unas pajas,
¡Y tú en locas vanidades
Sumas inmensas derramas!
¡Guarte, que á tu fin caminas!
El velo fatal arranca
De tus ojos, y contempla,
Contempla ¡infeliz! tus llagas,
Esos superfluos tocados,
Esos airones y gasas
Que te ofrece el extranjero,
Venenos son que te acaban.
Con la virtud de tus hijos
Los compras; tus recatadas
Antiguas fémbras ¡oh tiempos!
Del vicio mismo hoy se jactan.
Míralas la frente erguida,
Que altaneras y livianas,
Cual vano pavon provocan
La juventud castellana.
Un tiempo fue, cuando apenas
En lo interior de su casa
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostrara.
Las labores y los hijos
Entre dueñas y criadas,
Del alba á la media noche,
Santamente la ocupaban;
Y hoy, del adúltero al lado,
Sin seso calles y plazas